

JUAN CARLOS TORRE

(COMPILADOR)

EL 17 DE OCTUBRE DE 1945



JUAN CARLOS TORRE
(compilador)

EL 17 DE OCTUBRE DE 1945

Juan Carlos Torre - Daniel James
Emilio De Ipola - Marysa Navarro
Mariano Plotkin - Federico Neiburg

Ariel

EL 17 DE OCTUBRE EN PERSPECTIVA

Juan Carlos Torre

En la presentación de los trabajos que hemos reunido en ocasión de los cincuenta años del 17 de Octubre de 1945 nos ha parecido oportuno realizar algunas reflexiones para colocar en perspectiva este acontecimiento cuyo legado político ha ejercido una gravitación permanente y a la vez decisiva sobre la historia argentina.

Origen de una realidad política tan duradera e inescapable, como es el movimiento popular que se identifica con el peronismo, en el 17 de Octubre se conjugaron, por un lado, la obra de procesos que trabajaban silenciosamente desde el interior de la sociedad argentina y, por otro, las vicisitudes políticas de una coyuntura histórica. El desenlace de la jornada de octubre puede ser visto, en efecto, como tributario de las transformaciones sociales que acompañaban la marcha de la industrialización, y que se traducían en el crecimiento de los sectores asalariados urbanos y en el surgimiento de las nuevas cuestiones del mundo del trabajo. Asimismo, en su telón de fondo es posible reconocer los problemas de legitimidad que afectaban al orden político levantado por la restauración conservadora en los años treinta y el difuso sentimiento de exclusión acumulado en amplias franjas de la población. Si bien el peronismo no es concebible sin estos procesos previos, esto no significa que esté todo entero contenido en ellos.

En otras palabras, trazando hacia adelante las tendencias que las mutaciones estructurales y la crisis latente del antiguo orden político habían puesto en movimiento, es posible hipotetizar que en la Argentina de la posguerra las cuestiones del trabajo habrían de ganar más relevancia en la agenda pública, en consonancia con un país más expuesto a las consecuencias sociales de la industrialización; igualmente, también se podría avanzar la hipótesis de que las fórmulas de gobierno a ser implementadas habrían de incorporar un mayor grado de representatividad y transparencia, a fin de hacer gobernable una sociedad crecientemente más compleja.

Pero podría argumentarse también, retrospectivamente, que en principio eran más de una las formas concretas a través de las cuales era posible plasmar históricamente estos hipotéticos escenarios futuros. Con esto queremos destacar que el tránsito de la Argentina a las nuevas realidades y expectativas de una sociedad industrial de masas no tenía por delante una avenida de mano única. Más concretamente, tanto la mayor relevancia de las cuestiones de trabajo como la búsqueda de fórmulas de gobierno más representativas y transparentes admitían distintas soluciones institucionales. A comienzos de los años cuarenta, el interrogante que estaba planteado en el país era cuál de todas las alternativas que se perfilaban virtualmente en su horizonte habría de prevalecer.

Algunas de ellas comenzaron a insinuarse sobre el final de la anterior década. Por entonces, los sindicatos habían iniciado, bajo la conducción de militantes comunistas y socialistas, la lenta pero progresiva implantación entre los trabajadores de las nuevas industrias en expansión y se difundían las primeras experiencias de negociación colectiva bajo auspicio de los poderes públicos. Y en el plano político fue cuando se esbozó el proyecto transformista que, desde la oposición, acercó al general Agustín Justo y al líder radical Marcelo de Alvear con vistas a la democratización gradual del régimen imperante, en sintonía con las consignas de

la causa aliada que había entrado en guerra contra el fascismo en Europa.

Estos no serán, empero, los únicos intentos que se propondrán cerrar la brecha abierta entre las instituciones del antiguo orden y un país envuelto en un vasto proceso de cambio. Con el golpe militar de 1943, la oferta de alternativas institucionales se incrementa, y de manera significativa, porque ahora es desde el vértice del poder que se intenta influir sobre el perfil histórico de la Argentina de posguerra.

Quien tiene a su cargo esta empresa es el coronel Perón. Tomando distancia de la tendencia puramente regresiva que anima los primeros pasos de la Revolución de Junio, desde la Secretaría de Trabajo inicia en 1944 una política de apertura hacia los trabajadores organizados. Más que suscitada por la fuerza de la movilización obrera —todavía embrionaria—, esta política innovadora tiene una función preventiva. Su objetivo es conjurar a tiempo el peligro potencial de un ascenso de las corrientes de izquierda que hace temer el precario estado en que se encuentran las cuestiones del trabajo. Con esta consigna, los poderes públicos irrumpen en la vida de las empresas, imponen la negociación colectiva, alteran las normas laborales, reparan viejos agravios por decreto.

Al tiempo que pone en marcha la apertura laboral, Perón se dirige a los sectores empresarios invitándolos a colaborar con ella, sacrificando algo de su poder patronal para evitar la agudización de la lucha de clases. En un recordado discurso en la Bolsa de Comercio presenta sus innovaciones como estando al servicio de la regeneración y la salvaguarda del orden social existente y no de la creación de otro completamente nuevo. En su campaña pública coloca las iniciativas de la Secretaría de Trabajo bajo el auspicio de la doctrina social de la Iglesia, aunque también se advierte en ellas la deuda para con las enseñanzas del fascismo social europeo en su lucha contra la amenaza comunista, de las que ha sido un observador privilegiado en una reciente estadía en la Italia de Mussolini.

Pero no está en el cálculo político de Perón encaminar su empresa por el sendero institucional de un régimen corporatista, como el que había capturado fugazmente la imaginación de algunos de sus camaradas de armas, primero en 1930 y de nuevo en 1943. En 1930 su lugar había estado en el bando mayoritario del ejército que, bajo la dirección del general Justo, abortó la aventura filo-fascista del general Uriburu. Y, ahora, se hallaba entre los primeros de los revolucionarios de junio en cobrar conciencia de que estaba próximo el fin de la Guerra Mundial y que, con éste, llegaba también el fin para las alternativas no-democráticas a la amenaza comunista.

Con esta convicción se prepara para la hora de las urnas e inicia contactos con políticos del partido conservador y el partido radical, mientras niega en público aspirar a la presidencia en las elecciones de 1946. Cuenta a su favor con un inesperado recurso: las muertes del doctor Alvear en 1942 y del general Justo en 1943 han sacado de la escena a los dos líderes naturales de la transición a la democracia que los éxitos de los ejércitos aliados hacen día a día más cercana e inevitable. Aprovechando esta vacancia, Perón busca atraer y cooptar dirigentes y cuadros partidarios, a fin de poner a su servicio máquinas políticas de probada eficacia en la arena electoral. Con el aporte de los dirigentes sindicales que lo rodean en la Secretaría de Trabajo y la colaboración que espera encontrar en las clases patronales, va reuniendo las piezas de la fórmula política con la que aspira presidir la Argentina de posguerra. En su ambición, dicha fórmula política tiene un aire de familia con la de los regímenes en los que un fuerte liderazgo asegura la conciliación de clases y organiza desde el Estado el tránsito ordenado a los desafíos de la sociedad industrial de masas.

Así concebido, el de Perón será un intento fracasado. A este respecto, señalemos, en primer lugar, que su apertura laboral fue recibida, a poco de andar, con la frialdad y, después, con la hostilidad de las clases patronales. En verdad, las iniciativas del secre-

tario de Trabajo no fueron al encuentro de unos empresarios atemorizados por una revolución social inminente. Vista en perspectiva podría afirmarse que en la Argentina faltó entonces la condición que en otros países hizo posible que el mundo de los negocios secundara una política de reformas en favor de los trabajadores, aun al precio de sacrificios inmediatos: la sensación de amenaza ante un movimiento obrero combativo. En todo caso, la fuente de las preocupaciones de los empresarios estaba, más bien, en la propia gestión de Perón, que en nombre de la concordia alentaba la movilización de las masas obreras y exasperaba las tensiones sociales: no era necesaria demasiada sagacidad para advertir en ella la tentativa de convertirse en árbitro de la paz social y de forzarlos a delegar en él todo el poder político.

En segundo lugar, la búsqueda de apoyos entre los partidos tradicionales tampoco encontró en ellos un número apreciable de voluntarios dispuestos a recoger la herencia política del régimen militar, acompañando en su empresa a quien, a juzgar por la evolución de la situación internacional, tiene los días contados. En esas circunstancias, que son las que a mediados de 1945 define la ofensiva de una oposición social y política lanzada a imponer la rendición incondicional de Perón y a forzar al régimen al delegar el poder en la Corte Suprema, éste realiza un giro estratégico: llama a los sindicatos y los trabajadores a que acudan en defensa de su gestión. Cobra forma, así, un nuevo intento político. Entre el proyecto original y éste que emerge al compás de las vicisitudes políticas de la coyuntura de 1945 hay una diferencia capital: el sobredimensionamiento del lugar político de los trabajadores organizados, que de ser una pieza importante pero complementaria dentro de un esquema de orden y paz social se convierten en el principal soporte de la fórmula política de Perón.

El llamado a los trabajadores y los sindicatos cierra el paso a todo compromiso, agudiza la polarización política y, por un breve tiempo, parece sellar su suerte: sus camaradas en el ejército ceden entonces a las presiones de la oposición y el 9 de octubre

es despojado del poder y, tres días más tarde, puesto en prisión. Para mejor apreciar el impacto de los sucesos por venir es oportuno evocar aquí el paralelo que describe la coyuntura de 1945 en la Argentina y Brasil.

También en este último país el año había comenzado bajo el signo de la democratización política.¹ Desde hacía quince años, Getulio Vargas se hallaba en el poder, al que llegó primero con la Revolución de 1930. En 1937, un nuevo golpe militar lo ha ratificado en el gobierno, pero ahora como dictador del *Estado Novo*, un régimen organizado según los lineamientos del corporatismo fascista, bajo el que presidía, con el respaldo de las clases propietarias y el control sobre un incipiente movimiento obrero, el proceso de la industrialización brasileña.

A diferencia de la posición neutralista adoptada por la Argentina en la Segunda Guerra, Brasil había escogido la causa de los países en lucha contra las potencias del Eje y enviado tropas a los campos de batalla de Europa. De allí parte, precisamente, el impulso inicial hacia la liberalización del régimen. A fines de 1944, los oficiales destacados en los ejércitos aliados hacen conocer su malestar por la incongruencia de las posiciones del país en el plano internacional y en el plano interno: Brasil era parte de la coalición militar antifascista y, al mismo tiempo, era gobernado por una dictadura. Si el país pretendía jugar un papel en el orden mundial de posguerra dominado por los Estados Unidos y, además, asegurarse nuevas inversiones para proseguir su esfuerzo modernizador, era preciso que reorganizara sus instituciones políticas. Con estas razones y las que le dicta el espíritu de supervivencia de un prolongado ejercicio del poder, Vargas pone en marcha la apertura política en febrero de 1945. A través de medidas sucesivas se suprime la censura de prensa, una amplia amnistía libera de la cárcel a los opositores, se autoriza la formación de

1. Sobre la coyuntura de 1945 en Brasil hemos consultado Thomas Skidmore, *Brasil: de Getulio a Castelo*, Río de Janeiro, 1969.

partidos políticos y, finalmente, son convocadas elecciones presidenciales y parlamentarias para el 2 de diciembre.

La liberalización política es concebida por Vargas como un ajuste pragmático al nuevo clima internacional y no entraña un desmantelamiento del *Estado Novo*. Vistas las circunstancias, las medidas de apertura pueden ser la oportunidad de legitimar al régimen existente con las credenciales del voto popular. Para asegurar este desenlace, Vargas cuenta con el control del aparato estatal y la creación de dos partidos en los que distribuye el personal político de su coalición de apoyo, el Partido Social-Democrático (PSD) formado por los interventores en los estados provinciales, y el Partido Trabalhista Brasileiro (PTB) organizado por los funcionarios del Ministerio de Trabajo y los jefes sindicales. Lanzada la confrontación, el PSD designa al ministro de Guerra de Vargas, el general Eurico Dutra, para encabezar su fórmula presidencial; entretanto, la oposición liberal a Vargas se nuclea en la Unión Democrática Nacional (UDN), que lleva como candidato al brigadier Eduardo Gomes. Hacia mayo de 1945, la lucha por la presidencia está entablada entre dos partidos, uno a favor y el otro en contra del *Estado Novo*; sus candidatos, reclutados entre la cúpula de las fuerzas armadas, no logran, sin embargo, un gran impacto popular, lo que deja abierto el espacio potencial de una tercera candidatura.

En ese momento entran en la escena política las masas obreras poniendo fin a un largo período de pasividad. En los seis meses que van de mayo a octubre se asiste a un nivel de movilización sin precedentes, sugestivamente orquestado por comités que se multiplican en las principales ciudades levantando el eslogan «Queremos a Getulio». Al reconocer detrás de la movilización las figuras conocidas de dirigentes del PTB y de funcionarios del Estado cunde en la oposición liberal y en los sectores de la burguesía comercial y agraria que la respaldan la sensación de estar frente a una maniobra de Vargas. Este, por su parte, reitera una y otra vez que no se postulará a la presidencia, pero acompa-

ña sus declaraciones con llamados a respetar «la voluntad genuina del pueblo» y a enfrentar «las fuerzas reaccionarias» que refuerzan el temor sobre sus reales intenciones. El auge en los meses de agosto y setiembre del movimiento «queremista», al que suma en paralelo la acción del Partido Comunista, en demanda de una Asamblea Constituyente previa a las elecciones, levanta la sospecha de una repetición de la experiencia ocurrida ocho años antes, cuando el proceso electoral terminó siendo el preludio del golpe de 1937 y la instalación del *Estado Novo*.

Los dirigentes de la UDN, que nunca han creído que el régimen estuviera dispuesto a permitir elecciones libres, abandonan entonces toda cautela: reclaman abiertamente la intervención de los militares para salvaguardar el proceso de democratización y proponen una salida similar a la de la oposición argentina, la transferencia del poder a la Corte Suprema a fin de que ésta organice los comicios de diciembre. El llamado encuentra eco entre los altos oficiales, que se sienten garantes del retorno del Brasil a las instituciones representativas y también desconfían de los propósitos continuistas de Vargas. La tensión política alcanza su clímax en el mes de octubre. El día 3 los «queremistas» realizan su mayor demostración de fuerza frente al palacio presidencial y en ella el discurso de Vargas alienta la posibilidad de una Asamblea Constituyente. El 10 el gobierno lleva pánico a la oposición liberal con el decreto que anticipa las elecciones de gobernadores, previstas para 1946, con el objetivo de que coincidan con las elecciones presidenciales. Los partidarios de Vargas en los sindicatos anuncian a su vez una gran manifestación en Río de Janeiro para los días 26 y 27. Sorpresivamente, el jefe de policía del distrito capital prohíbe la movilización sindical y Vargas reacciona reemplazándolo por su hermano en un intento por retomar el control de la situación. Pero esto es lo que aguardan los jefes militares para intervenir, alertados por las noticias del 17 de Octubre en Buenos Aires, y el 28 deponen a Vargas, designan en su lugar al presidente de la Corte Suprema y despejan la vía a los comicios.

Retomando el paralelo de la Argentina y Brasil a lo largo de 1945, destaquemos ahora que hay un acontecimiento que establece la diferencia entre la suerte política de Perón el 9 de octubre y la de Vargas el 28: la movilización de los trabajadores argentinos sobre la Plaza de Mayo el 17 de Octubre. La noticia del desplazamiento de Vargas no provocó una reacción popular semejante; antes bien, las masas obreras que hasta entonces descendían arrolladoramente sobre la escena política acogieron en forma pasiva el desenlace. Esta actitud en esa hora crucial reveló la debilidad del movimiento «queremista»; gestado a partir de una convocatoria hecha desde arriba, cuando ésta deja de operar, el movimiento se repliega y pierde un papel protagónico. No ocurrió lo mismo en la Argentina, pero no porque aquí se produjera la convocatoria desde arriba que faltó en Brasil. Las evidencias disponibles indican que Perón, como lo haría luego Vargas, aceptó la decisión de sus camaradas que lo excluía del juego político. En verdad, la iniciativa del 17 de Octubre partió desde abajo y fue impulsada por la labor de agitación y propaganda de los cuadros sindicales.

Podría afirmarse, de este modo, que entre una masa obrera poco organizada, que mantiene relaciones difusas y directas con un liderazgo de tipo paternalista y un movimiento popular igualmente identificado con una conducción política externa a él pero basado en los sindicatos, hay un significativo contraste y éste es el que separa la experiencia de Getulio Vargas en Brasil y la de Perón en la Argentina. Dicho contraste tuvo una primera e inmediata consecuencia en la coyuntura de 1945. En el curso de ese año decisivo, durante el cual la fortuna política se inclinaba de un lado a otro acompañando las apuestas de los actores en conflicto, el 17 de Octubre fue un momento de inflexión. Al bloquear la acometida triunfal de la oposición, la movilización de los trabajadores redefinió el campo de las alternativas institucionales que la Argentina tenía por delante. Para ilustrar los alcances de este acontecimiento, la referencia a Brasil es nuevamente pertinente.

El desplazamiento de Vargas el 28 de octubre no implicó la quiebra definitiva del *Estado Novo*. La sólida trama de intereses y expectativas sociales forjada en torno de las instituciones corporatistas de la Revolución de 1937 logró sobrevivir el paso de la dictadura a la democratización política. Realizadas en diciembre las elecciones previstas, la victoria correspondió al candidato del PSD, el general Dutra. Bajo la presidencia del ex ministro de Guerra de Vargas, se reunió en 1946 la Asamblea Constituyente y en ella las mayorías formadas por el PSD y el PTB pusieron fin a las ilusiones de la oposición liberal: el nuevo texto legal reestableció las libertades políticas pero ratificó en sus líneas generales los pilares de la organización estatal preexistente. El legado del *Estado Novo* estaba ya suficientemente arraigado en la vida social y política de Brasil como para independizarse de los avatares políticos de Vargas.

No podría sostenerse lo mismo respecto de la empresa política lanzada por Perón. Esta difícilmente habría subsistido al revés del 9 de octubre, si el triunfo provisorio alcanzado entonces por la ofensiva de la oposición hubiese sido luego definitivo: no tenía figuras importantes de relevo y la pérdida de control sobre el aparato estatal la privaba de un recurso que había sido central en su breve y accidentada existencia. El riesgo de la disgregación era verdadero. De allí la significación histórica del 17 de Octubre. Al rescatar a Perón del ostracismo político, la movilización de los trabajadores depositó en sus manos una nueva oportunidad para que hiciera un renovado intento, ahora de cara a los comicios de 1946. Así, a lo largo de la campaña electoral se repuso otra vez la puja de soluciones alternativas a los interrogantes institucionales que estaban abiertos en el país: ¿cómo dar mayor relevancia a las cuestiones del trabajo?, ¿de qué manera asegurar mayor representatividad y transparencia a la fórmula de gobierno?

Detrás de las consignas militantes de la hora, dos fueron, a nuestro entender, las propuestas que jugaron su suerte frente al electorado. La primera es aquella que, a la distancia, es posible

asociar con una victoria eventual de la Unión Democrática. En consonancia con el espíritu de los frentes populares de la época, esta propuesta encaminaba el futuro de la Argentina por el sendero institucional de una democracia de partidos y un pluralismo sindical orientado a la izquierda. La segunda propuesta tiene una naturaleza menos hipotética porque con los votos de la coalición peronista se impuso en las urnas y dejó un legado perdurable en la historia argentina. A través de ella, el problema de la fórmula de gobierno fue resuelto mediante un liderazgo plebiscitario de masas y las nuevas realidades del trabajo se organizaron dentro de un sistema de corporativismo sindical que neutralizó la influencia de la izquierda en el movimiento obrero.

En la gestación de este desenlace todos los actores involucrados fueron afectados por las circunstancias en las que se produjo la transición hacia la democratización política. Pero estas circunstancias fueron también el resultado de sus propias acciones. En el combate por decidir el perfil de la Argentina de posguerra, Perón logró prevalecer sobre sus adversarios, gracias a la activación política de los trabajadores realizada desde el gobierno. Sin embargo, el punto de llegada de la coyuntura de 1945 reflejó sólo parcialmente sus intenciones originales.

En efecto, merced al triunfo de su liderazgo popular, el Estado sobre el que gobernará Perón a partir de 1946 quedará expuesto a la acción de los trabajadores organizados y se convertirá en un instrumento más de su participación social y política. El conjunto de derechos y garantías al trabajo incorporadas a las instituciones, la penetración del sindicalismo en la estructura estatal y su posición clave en el sostenimiento del régimen, todo ello tendrá el efecto de introducir límites ciertos a su política, particularmente en el terreno económico y visibles sobre todo al diluirse la prosperidad de los primeros tres años (1946-1948).

Del mismo modo, el movimiento de unanimidad nacional, que debía ser la réplica de un modelo de partido como el PRI mexicano, terminará siendo un movimiento fuertemente desba-

lanceado por la presencia obrera organizada. Inclusive, la ideología de orden y paz social, bajo cuyos auspicios, la Argentina debía marchar hacia «la comunidad organizada», estará atravesada por el componente popular del peronismo. Así, Perón deberá revalidar su liderazgo a través de una renegociación constante de su autoridad sobre las masas obreras y esto llevará al régimen a recrear en forma periódica sus condiciones de origen. En esos momentos, la palabra de Perón se desdobra y la voz crispada de Evita revive el clima de 1945 y actualiza, en toda su fuerza primigenia, los antagonismos sociales.

Estado, movimiento e ideología estarán marcados, pues, por el sobredimensionamiento del lugar político ocupado por los trabajadores organizados en el peronismo, resultado inesperado e indisoluble del desarrollo y el desenlace de la coyuntura en que se formó y conquistó el poder.